

El Arte

Revista hebdomadaria.

Director: Pelayo Uizute.

Núm. 25.

25 de Junio de 1899.

Año I.

LA VACUNA

En cuanto se inicia el calor, comienza la gente á decir que se ha presentado la viruela, lo cual intranquiliza muchísimo á las personas guapas.

Todos tratan de evitar que se les estropee el físico, pues no es agradable salir por ahí con la cara convertida en esponja, como le pasó á un joven precioso de mi pueblo, que estuvo aquí aprendiendo el canto, y á consecuencia del abuso de las *romanzas de salón*, cayó con las viruelas confluentes. Cuando regresó á su país, después de la enfermedad, aquello no era cara, era un queso de Villalón agrietado; la nariz había desaparecido, y tuvieron que ponerle interinamente una de tafetán inglés hecha por la madre.

La vacuna evita estos desperfectos, pero en cambio tiene muchos inconvenientes.

Si se hace uso de la vacuna de ternera, el inoculado se expone á adquirir hábitos poco decorosos.

He conocido un caballero recién vacunado de un becerro, que se había mandado hacer unos cuernos de goma para andar por casa, y se pasaba el día tirando derrotes á los muebles. Si se le preguntaba por la salud, en vez de contestar, mugía cortesmente, y al ver delante de sí á cualquiera persona antipática, se arrancaba por derecho como un novillo de Colmenar.

Para obligarle á salir de casa tenía un amigo suyo que echarle un capote, y el día que se murió fué necesario llamar al *Alones* para que le diera la puntilla.

Casi todos nuestros vicios é inclinaciones proceden de la vacuna.

El hijo de los señores de Mantecón se pasa la existencia dando qué hacer á los vecinos, metiéndose en todo lo que no le importa y comiendo todo lo que pilla por delante.

—Este chico nos va á matar á disgustos—me decía la mamá.—
No sirve para nada absolutamente. Es un verdadero zascandil.

—¿Por qué no le obligan ustedes á estudiar?

—No quiere; pero en cambio no se cansa nunca de comer.

—Tendrá el estómago muy grande.

—No, señor: nosotros atribuimos sus defectos á la vacuna.

—¿A la vacuna?

—Sí, señor; ha sido vacunado con virus de un concejal.

—Pues entonces no me diga usted más.

Luis Taboada

La fuerza del sino.



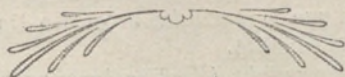
Corto de genio y largo de estatura,
de rostro enjuto, macilento y flaco,
tuvo, por cuerpo, de billar un taco,
y un don Quijote fué por su figura.

Virgen de glorias y en edad madura,
sacerdote de Apolo, el pobre Paco
halló, rompiendo su codicia el saco,
la caja de un reloj por sepultura.

El tintero dejó su pluma seco,
fué negro el hado al perseguir su pista,
pues de tanto sufrir quedóse enteco.

La llama de un candil quemó su vista,
y no hallando á su voz jamás un eco,
loco y pobre murió... ¡era un artista!

Gonzalo Cantó



C6PLITAS



Madrecita mía,
¡qué grande es mi pena!
como no tengo sueño, me paso
las noches en vela.



Vas en busca del peligro
por el placer de salvarlo;
cuando tropieces y caigas,
¿quién te sacará del paso?



No sabes, gitana,
lo que son los celos;
que si lo supieras, yo no sufriría
lo que estoy sufriendo.



¡Qué mal alma tienes,
gitanica mía,
que me guardas á mí los pesares
y á otro las caricias!



Tengo tan malita suerte,
que no se acerca á mi vera
ni mujer que no me engañe,
ni amigo que no me venda.



Lo que estoy sufriendo
no lo sabe nadie;
que aun cuando te miro que te vas con otro
tengo que callarme.



Dicen que el cariño es vida;
pero á mí me están matando
los cariños de mi niña.



Palabritas tiernas
las de mi gitana;
¡quién dijera que siendo tan dulces
serían tan falsas!



Anda y vete por ahí,
que ya te darán el pago
¡y ya volverás á mí!

LA GOTA GORDA



No podía presentarse mejor el verano. Ni subía el termómetro, ni apretaba el sol, ni había necesidad de salir á la calle sin chaleco y con camisa blanda, luciendo el cinturón de cuero, como signo de aprobación al cambio de guarniciones que acaban de disponer en Guerra.

Por eso, cuando el jefe del Gobierno, al abrir las Cortes, habló de las «imperiosas vacaciones del estío» todos nos indignamos, y pensamos en atar á los escaños á los representantes de la patria para que no se escapase ninguno.

Sin embargo, bien supo lo que se decía el Sr. Presidente del Consejo de Ministros. ¡Con qué maligna sonrisa acogió su frase el Ministro de Hacienda!

Uno y otro estaban en el secreto, y sabían que, dijese cuantos dijese los termómetros, antes de llegar á Julio habíamos de sudar la gota gorda, pidiendo á voz en grito las «imperiosas vacaciones del estío», como leve descanso para empezar á sudar otra vez.

El Sr. Villaverde acaba de abrir la boca del horno, presentando en libertad los presupuestos, que han de hacernos sudar la gota gorda.

La mayoría no pudo menos de aplaudir aquella vara magnífica, colosal, de las que ya no se ven en las plazas de toros.

Recargando, en una palabra; porque va á recargarse todo, menos la riqueza agrícola, de la cual ya se encargarán la langosta y el pedrisco mientras el Ministro de Hacienda se las entiende con todo lo demás.

Va á haber contribución sobre el azúcar, sobre el café, sobre los alcoholes y tabacos.

Un paso más, y habrá que ir al estanco á comprar de todo.

Se crea un impuesto sobre las utilidades.

¿Y qué va á lograrse con eso? ¡Si aquí hacemos tan pocas cosas que sean útiles!...

Hubiérase creado un impuesto sobre las inutilidades, y la nivelación de los presupuestos era cosa de pocos días.

No es cosa de amargar el ánimo del lector con otros detalles, mucho más cuando el impuesto de los azúcares haría costoso endulzar su boca después del terrible trago.

Lo cierto es que con los presupuestos se ha presentado el calor en toda su fuerza.

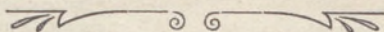
Ya salimos á la calle sin chaleco.

Es prenda incompatible con las nuevas fuentes de tributación.

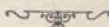
Y los vecinos más rehacios desesteran á toda prisa, ponen alcanfor á la ropa de invierno, descuelgan, doblan los cortinajes...

El recaudador de contribuciones espera á la puerta para llevarse los cortinajes, las alfombras y la ropa de invierno.

Luis Royo Villanova



La esfinge.



Aquel monstruo terrible y fabuloso,
que engendraran Tifón y la Quimera,
á través de los siglos aún espera
cerrándonos el paso cauteloso.

—

En el camino triste y fatigoso,
por el que va la humanidad entera,
¿quién la esfinge no halló, quién no la viera
mostrándole un problema pavoroso?

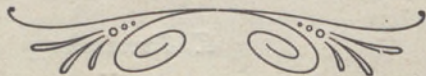
—

De alabastrino y palpitante seno;
la faz de hermosa, celestial figura,
todos los bienes del amor nos finge.

—

Pero esconde á la sierpe, y su veneno
á la asquerosa realidad impura...
¡ilusión, ilusión, eres la esfinge!

Vicente Casanova



¡Cásate... y verás!

(CONSEJOS Á UN AMIGO)

Tus líneas cariñosas
he recibido,
en las que tú me dices
regocijado
que á una chica andaluza
has elegido,
pues quieres al momento
cambiar de estado.
Dices, entre otras cosas,
«que la *infrascrita*
es de familia noble
y acaudalada;
que tiene buenos ojos;
que es muy bonita;
¡que el padre te la entrega
muy bien dotada!;
que baila por lo fino
—también me dices;—
que su gracia y salero
te han cautivado.»
¡Malo! No las prometo
ya muy felices.
¡Va á ser tu casa un baile
continuado!
Aunque son muy laudables
tus intenciones,
al casarte cometes
una locura.

¡No traerá el matrimonio
más «bendiciones»
que las que al desposaros
os eche el cura!
No sé cómo por novia
fuiste á Sevilla.
¡Aquí también podías
haberte *ahorcado!*
¡lloy en cualquiera parte
se halla «costilla»
para vivir con ella
«descostillado»!
No vayas á enfadarte
con mis consejos;
no quiero que te irriten
mis dichos viles;
que aconsejar tan sólo
pueden los viejos...
¡y apenas he cumplido
los veinte abriles!
Escucha dos palabras,
y he terminado:
tras de la cruz se dice
que está el demonio;
mas ya muchas personas
han demostrado
¡que es tras la cruz pesada
del matrimonio!

J. Martín-Granizo

Bagatelas.

Era tu amor, mi ilusión,
era tu dicha, mi anhelo,
y los ángeles del cielo
me tenían compasión.
Ahora es mi amor, tu ilusión,
ahora es mi dicha, tu anhelo,

y los ángeles del cielo
tienen de tí compasión.
Será amor, desilusión,
será dicha, desanhelo...
Y los ángeles del cielo,
¿de quién tendrán compasión?

E. Fernández y Gutiérrez

SENSITIVA

¿Te acuerdas? La luz de un candelabro daba de lleno en tu rostro de virgen. Escondida en un rincón del templo, como una perla en el hueco de una roca, parecías la imagen de la Soledad.

Casualmente dirigi mi vista á ti; la solemnidad del templo, el coro místico que entonaba sus preces y el sacerdote que allá en el fondo celebraba el Santo Sacrificio, contribuyeron á embargar mi ánimo de una emoción extraña, de un afecto tierno que me impulsó á acercarme á ti; te examiné mejor, y al momento senti como si hubieran abrasado mi rostro y oprimido mi pecho, impidiéndome la respiración.

Desde aquel instante ya no vi más que tu rostro rodeado de una extraña aureola que mi fantasía creó, ni oi más que el leve murmullo de tus labios al pronunciar una oración.

Terminó el acto; de pronto te levantaste y te dirigiste hacia la puerta; mi alma primero, mi alma y mi cuerpo después, siguieron tus pasos, como seguimos entre sueños la visión fugitiva hasta que se desvanece, y tú te desvaneciste en el fondo de una casita verde como mi esperanza. Pasaron algunos días de rondas, temores, zozobras é ilusiones; al fin, con una palabra calmaste la ansiedad de mi alma y sujetaste los latidos de mi corazón.

¡Oh! ¡días venturosos aquellos en que mi pecho palpitó amorosamente por vez primera y mi alma soñaba al arrullo del primer amor! Sí, ¡aquéllos en que el alma, como el ave que sale de su nido por vez primera, ve ante sus alas un horizonte de ventura convidándolas á recorrerle! ¡Aquéllos en que el primer flechazo del desengaño no la hizo caer ensangrentada y abatida, cubierta de desesperación!...

Cuando los tibios rayos del sol que huía oscilaban sobre el horizonte como el último aliento de un moribundo, me dirigía á su casa, cual el ruiseñor en busca de su nido, donde me esperaban sus brazos que rodeaban mi cuello, y sus labios, donde aspiraba con las mieles de su aliento la ventura que juzgaba eterna, y que no era más que el prefacio del desengaño.

¿Cuánto duró la ilusión? Días... minutos... ¡nada! Así como la nubecilla de humo se desparrama en espirales cada vez más amplia, pero cada vez más tenues, así nuestra dicha que comenzó por una mirada, por un segundo, se fué extendiendo en horas, días, y al fin como la nubecilla se desvaneció en el olvido.

Los primeros días de nuestro idilio vagaban nuestras almas por la región de las ilusiones. Soñábamos, porque esas emociones

las desconocíamos; después, afanosos por encontrar el secreto de nuestra dicha, la reimpimos. ¡Locos! Al comprender que consistía en nuestra ignorancia, en nuestra inocencia, convertimos nuestras caricias, nuestros suspiros, nuestras lágrimas, nuestro cariño, en rutina, la rutina se convirtió en hastío, el hastío en desencanto y el desencanto en humo... ¡en nada!

¡Ay! Aquello pasó; sólo queda en el alma un recuerdo doloroso, que es un testigo constante de la dicha que poseyó, como las hojas tendidas al pie del escueto rosal son testigo de la lozanía con que un día impregnaba al ambiente...

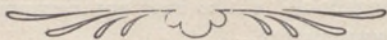
¿Y ahora? Ahora aquella mujer es de otro; aquella mujer que estreché entre mis brazos en cuyo pecho lei al latir junto al mío, de cuyos labios robé el amor de su alma, es una extraña para mí.

Ella sacó de nuestro amor una lección, que es la base de su ventura; yo saqué un desengaño, que es la base de mi martirio. ¡Aquella felicidad que como un racimo estrujamos locos para apurarla de un trago, ellos la saborean grano á grano, y terminarán el último con el último día de su existencia!

Yo ya no puedo soñar, porque conozco ya el sueño. Aunque otra mujer me ofreciera sus brazos donde reclinar mi cabeza, y un corazón para latir junto al mío, la felicidad no volvería, porque aquellos brazos pudieran sostener otra cabeza y aquel corazón latir junto á otro corazón, como latió junto al mío el de aquella mujer que hace la felicidad de otro.

¡Pobres ilusiones!

Ubaldo Rico



FRUSLERÍAS

No des un beso, niña,
nunca á tu novio,
no sea que la pata
meta el demonio.
A mí, sí, dame,
muchos besos de aquellos
que tan bien saben.

M. Martín Rodríguez

El vecino pudoroso.

—M—<—>—M—

—¡Vecina, por Dios, vecina,
su descoco no comprendo!
¿Le parece á usted decente?
¿Cree usted que está bien hecho
salir de noche al balcón
con un traje tan ligero?
La moral, señora mía,
es muy digna de respetos;
sin ella no hay sociedad,
ni familia, ni progreso;
comprendo que estos calores
que nos abrazan el cuerpo,
son los que tienen la culpa
de lo que está usted haciendo
pero hay deberes, señora,
exigencias que tenemos
que respetar, por decoro
guardar las formas al menos,
y usted no lo hace, vecina;
todas las noches observo
que se asoma usted al balcón
en enaguas, y no puedo
consentir ese espectáculo;
pues como es tan fino el lienzo
se ven cosas que debieran
permanecer en secreto.
Yo soy un hombre decente,
yo soy un hombre muy recto
(á pesar de la joroba
con que me ha dotado el cielo),
y no quiero que á mis hijos,
—tres excelentes mancebos,—
inocentes como arcángeles,
sin malicia todos ellos,
les abra unos ojos como
los del puente de Toledo.
Ya lo sabe usted, señora,
guarde un poco sus secretos,
y tienda sobre sus formas
algún pudoroso velo,

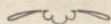
si no quiere que muy pronto
escribamos al casero
diciéndole lo que pasa,
y que consentir no debo.»

—No haga usted caso, vecina:
si la escribí á usted aquello
fué por culpa de mi esposa;
y como soy un cordero,
que me conformo con todo
y que con todo me avengo,
la dejé hacer; pero tuve
un disgustazo tremendo.
Mi mujer está indignada
porque ha visto que hace tiempo
un servidor, y los tres
zánganos que me dió el cielo,
(que tienen tanto de ángeles
como yo de hombre de genio),
nos pasábamos la vida
en el balcón, por el fresco
y por usted, francamente,
que es la hembra de más salero
y de más *similitud*
que hay en todo el Universo.
No haga caso de mi esposa,
ni le importe á usted el casero,
salga como le parezca,
¡pues si hace un calor tremendo!
Ah, y si le estorba la enagua,
se la quita usted, no quiero
que por mí se encuentre incómoda
una mujer de su mérito
y de... (que viene esa fiera).
Saldré cuando coja el sueño.

José Dox de la Rosa



Constancia.



«Son las flores tan bellas y agradables
que sólo he de vivir para adorarlas;
dichosos los que quieren, y dichosos
aquellos que se aman.

«Hay algo que conmueve más mi pecho
que las quejas, suspiros y las lágrimas,
y es una flor que languidece y muere
porque el calor le falta.

«¡Cuán grato es para mí ver estas flores,
que su lenguaje tienen, y nos hablan
y expresan con su idioma sorprendente
ocultas esperanzas!

«Pues adivino yo en cada corola
un deseo infinito del que ama,
y en sus hojas presiento una caricia
de aquel que me las manda.»

Contemplando unas rosas muy bonitas
una linda mujer así exclamaba;
cogió el ramo, pinchóse... y diligente
lo echó por la ventana.

Pedro Menéndez



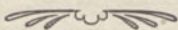
- S. G. — No puede ser.
M. A. — Esto no puedo aceptarlo; resulta muy sin gracia.
C. N. (H.) — Tampoco es publicable.
R. R. V. — L. R. G. — C. R. — T. L. — Idem idem.
V. V. — Irá una *menudencia*.
R. S. S. — Muchas gracias por su delicada atención.
F. P. — Saldrán *dos cositas*.
J. J. P. — Póngase usted la mano en el pecho. Bien; ahora dígame usted: ¿Le parece oportuno componer elogios á Castelar?
F. R. R. — Saldrá el cuentecito.
F. y G. M. — ¿Juran ustedes que esos cantares son suyos? Si lo son, vengan las firmas por separado; pero me da en la nariz que no. ¿Me equivocaré?

Establecimiento tipográfico

de los

Hijos de J. A. García

Campomanes, 6.



Periódicos-Ilustraciones-Obras

Circulares-Prospectos-Menus.

Se solicitan

primeros cuadernos
de toda clase de publicaciones,
periódicos y revistas
para la
propaganda de suscripciones
en el Campo de Gibraltar.

DIRIGIRSE Á

D. Antonio Aragón

San Antonio, 10

Centro de suscripciones
ALGECIRAS

Se solicitan

muestras
de toda clase de artículos
para trabajarlas
en las provincias de Cádiz
y Málaga.

DIRIGIRSE Á

D. Antonio Aragón

(comisionista)

San Antonio, 10

ALGECIRAS

EXPORTACIÓN

á todos los puntos de la Península
de las ricas peras, camuesas, membrillos
y peros de Ronda.

Los pedidos deberán hacerse con tres meses de antela-
ción á la fecha en que se recolecta y dirigidos á

DON ANTONIO ARAGÓN

San Antonio, 10 (provincia de Cádiz).—ALGECIRAS